



## CAPÍTULO XXI

### Ciencias.

La filosofía neoplatónica, que se había corrompido con la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgia, esperó llegar á su apogeo cuando Juliano la favoreció; pero con éste cayeron sus esperanzas. Su escuela, que continuaba en Atenas, era una academia de lujo entre otras de utilidad, que se conservaba como un resto antiguo entre instituciones más modernas, desde que las musas habían abandonado la patria de Sófocles. La tradición, fuente de los conocimientos de los cabalistas, había sido también adoptada por los neoplatónicos, imaginando una cadena de maestros, que se habían ido transmitiendo sucesivamente las secretas doctrinas de los primeros sabios. Interrumpida por Constantino como contraria al cristianismo, fué reanudada por un tal Plutarco, llamado el Grande por la maestría con que había refundido las opiniones de Plotino, Porfirio y Jámblico.

Este Plutarco inició en sus secretos á Jerio, su hijo, á Arquías su yerno, y principalmente á Asclepigena su hija, que vino á ser la depositaria del secreto teúrgico. De ésta, de Siriano, sucesor de Plutarco en Atenas, y del famoso Olimpiodoro en Alejandría, aprendió Proclo, que iniciado en todas las sectas, llevó á su perfección el neoplatonismo. Con él parece que murió aquella escuela.

En la cátedra ateniense, le sucedió Mariano de Palestina, que escribió la vida de su maestro, manifestando que éste había alcanzado el colmo de la felicidad, porque con las cuatro virtudes cardinales que constituyen la sabiduría, á saber: justicia, fortaleza, prudencia y templanza, había reunido en su persona las virtudes físicas de la salud, bondad de sentidos, fuerza y belleza.

Habia Proclo explicado ántes de la edad permitida los misterios de la ciencia á Egias; pero éste los tuvo en tan poco, que fué infiel á la escuela. Estaba, pues, á punto de romperse la cadena de oro, cuando fué puesto en la cátedra Isidoro de Gaza, íntimamente persuadido de la santidad de Proclo y del origen celestial de la ciencia teúrgica. Sin embargo, el ingenio y la erudición de Isidoro no igualaban al celo que poseía; y parte por conocer sus escasas fuerzas, parte por inclinación, y ya porque viese que de día en día se disminuía el crédito de aquella escuela, se retiró á Egipto, donde el misticismo tenía más secuaces.

También hablaron desde su cátedra Zenodoto, y después Damascio, el cual había estudiado cuanto entonces se sabía de las ciencias, y tenía bastante juicio para evitar los peores delirios de los suyos. Pero fué el último anillo de la cadena hermética; porque Justiniano, mi-

rando esta escuela como foco de doctrinas contrarias al cristianismo y á la sociedad, la cerró. Damascio se refugió en Alejandría, y los demás filósofos cerca de Cosroes Nuschirvan, rey de Persia; pero no encontrando allí las prodigalidades que se les habían prometido, volvieron á su patria y se dispersaron. Con ellos cayó en el olvido, no sólo su escuela, sino también Platon, hasta que fué establecido en Italia por los griegos, que huían de las cimitarras otomanas.

Habían tributado culto sin delirio á Platon, Calcidio, que comentó su *Timeo*; Salustiano, autor de un opúsculo *De los dioses y del mundo*, y que aunque gentil, disuadió á Juliano de que persiguiese á los galileos; Cesareo, hermano de Gregorio Nacianceno, autor de ciento noventa y cinco preguntas y respuestas teológicas y filosóficas, relativas á varios pasajes de la Biblia; y Nemesio de Emesa, que escribió sobre la naturaleza del hombre una de las obras más acreditadas de aquel tiempo, manifestando su gran estudio de todos los filósofos, de cuyas doctrinas se valió para aclarar el dogma, y defenderle con más pureza de estilo que sus contemporáneos.

Sin embargo, perdíase la afición á la filosofía antigua de tal manera, que San Jerónimo decía: «¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos conocen á Platon y á los escritores que han tratado de él? Sólo algunos viejos retirados, que los leen en un rincón, mientras que los apóstoles, gente oscura, nuestros pescadores de hombres, son conocidos y citados en todo el universo.»

En tiempos de tanta importancia, por la muerte de una civilización y el nacimiento de otra, ninguno se elevó á pintar fielmente á los pueblos invasores y el carácter de los emperadores y de los hombres ilustres sin adulación ó rencor. Según que el escritor es gentil ó cristiano, juzga á los demás á su modo, y eleva hasta el cielo ó deprime los mismos hechos en diversas personas, según que causaron bienes ó males al partido que sostenía. Y cómo mirar con los ojos cerrados los acontecimientos, y referir con orden y verdad tantos desastres en aquella molición de la inteligencia

y decaimiento de los amigos? ¿Qué fe se había de tener en el día de mañana, cuando se veía caer á pedazos el antiguo edificio social, y no se preveía cuál sería el nuevo? Los bárbaros, en su perpétuo é irracional movimiento, sólo presentaban la agitación del caos ó el impulso del accidente ciego é inexorable: maldecir sus victorias, era peligroso cuando ya estaban encima, era cobardía el celebrarlas; lo mejor era callarse ó aturdirse en los placeres de los sentidos.

Sexto Aurelio Víctor escribió un descarnado compendio de los acontecimientos romanos desde Augusto hasta las victorias de Juliano en las Galias, y algunas vidas de romanos ilustres y también de extranjeros, como de Antiocho de Siria, Mitrídates, Aníbal; vidas que se han atribuido unas veces á Cornelio Nepote, otras á Plinio, á Suetonio y á otros. De Verrio Flaco, Anciates, Gneo, Egnacio Verino, Fabio Pictor, Licinio Macro, Varron, César y Tuberon, y de los anales de los Pontífices sacó el *Origen del pueblo romano*, del cual nos queda hasta el primer año de la ciudad, á no ser un trabajo de un gramático posterior, como introducción á las demás obras de Aurelio. Juliano le mandó erigir una estatua de bronce, honor envilecido por ser tan común, y le dió el gobierno de la segunda Panonia, y después Teodosio la prefectura de Roma.

Eutropio, que hizo la campaña de Persia con Juliano, escribió por orden de Valente un *Breviario* de la historia romana en diez libros, desde su origen hasta Joviano, con fácil, sencillo y correcto estilo, y amor á la verdad, aunque no siempre tiene el arte para separarla de lo falso. Sexto Rufo escribió también por orden de Valentiniano, un *Breviario de las victorias y provincias del pueblo romano*, especie de estadística, que concluye con un opúsculo en que describe los monumentos y edificios de Roma.

Se han perdido los escritos de Protágoras de Atenas, gentil aunque encomiador de Constantino, y los de Eunapio, médico de Sárdis, detractor de éste, así como Olimpiodoro de Tébas, que lo continuó desde el año 407 al 425, y Prisco de Panío, que refirió las guerras de A-



la y la *Historia omnimoda* desde Jesucristo hasta el año 430, dedicada por Flavio Lucio Destro á San Jerónimo, el cual en cambio le dedicó el catálogo de los escritores eclesiásticos. Eupapio escribió también las vidas de los filósofos y sofistas; pero ignorando la filosofía, sólo nos dió noticias muy escasas para conocer el neoplatonismo. Aun ménos profundo es el cuadro de hombres ilustres en las ciencias de Esiquio de Mileto.

Así como Polibio había tratado los acontecimientos que elevaron á Roma á la grandeza, Zósimo trató de los que la impulsaron á la decadencia. Partiendo de Augusto, recorre rápidamente en el primer libro los tres primeros siglos del imperio, deteniéndose en el cuarto en los tres libros siguientes. Hasta aquí, sin embargo, no hace más que compilar y extraer con juiciosa elección, conservando, á lo ménos en lo general, la claridad, dote principal de los compendios. En el quinto libro se hace verdaderamente historiador, refiriendo la decadencia del imperio en los tiempos de Honorio, Arcadio y Teodosio el Joven. Descuida malamente la cronología, aunque por lo demás sabe elegir y encadenar bien los acontecimientos, remontarse á sus causas y descubrir sus consecuencias, con gran conocimiento de los hombres y de los impulsos que mueven tanto á éstos como á los gobiernos. Quizá al fin de su obra, que nos falta, epilógaba las razones que pone diseminadas por toda ella, y por las cuales se arruinó el imperio, creyendo que la principal fué la caída de la idolatría; por esta razón se ensaña cruelmente con los emperadores cristianos, sirviendo para corregir la excesiva devoción de los cristianos eclesiásticos.

Más importante, y con mucho, es Amiano Marcelino (1). Nació en Antioquia, de una buena familia; militó en la Mesopotamia y en la Galia desde el año 340 al 359; á los cuarenta años se retiró de la profesion militar, y fué á pasar el resto de su vida á Roma, donde á pesar de ser griego, escribió en latin los sucesos contemporáneos que había visto, con las cuali-

(1) Ammiani Marcellinii *Rerum gestarum libri qui sepersunt*, ed Ernesti, Leipzig, 1773, en 8.º

dades y defectos de un soldado narrador, sin gran finura, pero con sensatez y amor á la verdad cuando no lo extravía su apego á la antigua religion y á Juliano. Sin embargo de ser bastante instruido, no se propone por modelo un autor cualquiera, ni piensa hacer de la historia un ejercicio retórico, ántes por el contrario, conoce que la sencillez es el mayor mérito del historiador, y á esta cualidad sacrifica todos los adornos del estilo.

Comprendió en los treinta y un libros de su narracion, desde el reinado de Nerva en que termina Tácito su obra, hasta la muerte de Valente; pero no nos quedan más que los últimos diez y ocho (352-378), los más importantes á decir verdad, por no haber más historiador que él. Incurre Amiano en groseras digresiones, á la manera de los cronistas, sobre los cometas y otros accidentes naturales; y al mismo tiempo pasa por alto circunstancias de tanto bulto que nos hacen sospechar que se haya perdido alguna parte de su obra. Sabe manifestar de qué modo se encadenan los hechos y delinear los caracteres, dándonos preciosas noticias acerca de las costumbres y países que había observado, y principalmente de la Germania, donde había vivido muchos años. No es muy devoto del cristianismo, pero no habla mal de él, y desapruueba igualmente las místicas locuras de Juliano que la intolerancia de Constancio, y las infracciones de la primitiva disciplina que cometían algunos obispos.

Después de este último historiador profano, no aparecen más que cronistas y compiladores. Julio Esuperancio dejó un opúsculo sobre las guerras civiles de Mario, Lépido y Sertorio, que quizá fuese un compendio de Salustio. Próspero Aquitano escribió una crónica en dos partes, la primera sacada de la de Eusebio, y comprende desde la creación hasta el año 379 de Jesucristo; la segunda desde la muerte de Valente hasta la toma de Roma por Genserico en 455. Desde los tiempos de aquel emperador hasta el año 467 escribió una crónica Idacio, obispo de Galicia, y también los fastos consoladores desde el año 465 de Roma al 468 de Jesucristo. Tratando sólo de continuar á San Jerónimo, no hace más que copiar de los mejo-



res autores hasta el tercer año del imperio de Valentiniano, y después refiere como testigo y como parte de los hechos, por haber sido muchas veces, como los demás obispos, diputado en aquellas vicisitudes para tratar de asuntos políticos. Su obra esparce no poca luz acerca de los hechos de los godos y suevos, y sin ella la historia de España por este tiempo estaria en la oscuridad; Idacio se atiene á la cronología, cosa rara entre los antiguos, disponiendo los hechos por olimpiadas y por los años de cada imperante.

La *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente* es importantísima para conocer la condicion política y civil del imperio, no ménos que para el estudio del derecho. Puede decirse que esta obra es una especie de almanaque de Estado en que se hace mencion de todos los empleos de ambos imperios, y fué compilada, á lo que parece, entre el año 445 y el 453, después que los hunos ocuparon la diócesis de Iliria, y ántes que destruyesen á Concordia y á Aquilea.

Habiendo cesado la importancia de los historiadores profanos, creció la de los historiadores eclesiásticos. Ya hemos hablado del primero y mayor de éstos, Eusebio de Cesárea; cuya obra fué vertida al latin por Rufino, sacerdote de Aquilea, poniendo y quitando y alargándola hasta Teodosio el Grande. Filostorgio de Capadocia, versado en la filosofía y en la astronomía, escribió también una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo hácia el cual se inclinaba, hasta el año 425, compendio ampuloso pero útil. Las historias de Filipo de Sida y de Esiquio de Jerusalen han perecido. Gelasio el joven refirió también las vicisitudes de la Iglesia desde el concilio de Nicea hasta la muerte de Constantino.

Sócrates, el escolástico, poco versado en las materias teológicas, siguió en un principio los mismos pasos que Rufino; y conociendo luego que eran falsos, acudió á fuentes más puras, y de ellas sacó una obra juiciosa y escrita con sencillez. Esta fué refundida por Hermias Sotomenes, también abogado en Constantinopla, que juzgó con ménos discernimiento, expuso con más elegancia, y añadió algunas cosas de

escaso interes, relativas principalmente á los anacoretas, de los cuales se dice admirador. Llega desde el año 322 al 439, desde donde la continúa Evagrio de Epifania, todavía más devoto, hasta el siglo VI.

De mérito, así como de importancia menor, son Juan de Egea, Zacarías, retórico; Teodoro, lector; Leoncio de Bizancio, algun tanto posteriores á la edad que describimos.

Teodoreto de Antioquia, orador, intérprete, controversista, obispo de Ciro, condenado por herético (449), admitido otra vez en la Iglesia, escribió una historia eclesiástica que comprendía desde el año 325 hasta la muerte de Teodoro de Mopsuesta (en 429). Escritor erudito, es más extenso y evita los errores en que por pequeñez de miras habían caído sus predecesores. A propuesta de Esporacio, comisario imperial en el concilio de Calcedonia, expuso todas las herejías en cinco libros: en el primero pone la de aquellos que admiten más de un Dios y dan al Hijo una naturaleza humana de sola apariencia; en el segundo la de aquellos que impugnan la divinidad de Jesucristo; en el tercero seis herejías várias; en el cuarto las últimas desde Arrio hasta los nestorianos y pelagianos; y el quinto es una sucinta exposicion de la fe. Escribió además los milagros y la piedad de treinta eremitas, como hizo también Paladio de Galacia en la historia llamada *Lausiaca*, porque fué dedicada á Lauso.

Sulpicio Severo, de la Aquitania, convertido por San Martín, abandonó los triunfos del foro y la gloria literaria por escribir la vida de su conversor, y en dos libros las vicisitudes de la religion desde el origen del mundo hasta el año 400 de Cristo. Aunque no nos diga nada de nuevo, y repugne y oscurezca á su buen juicio la piadosa credulidad, agrada la pureza de su dición y su tranquila sobriedad, por lo cual se le llamó el Salustio cristiano.

A la historia de las herejías se refiere la *Etiqueta médica* de San Epifanio de Palestina, obispo de Salamina, el cual enumera ochenta herejías y el modo de extirparlas. Veinte son anteriores á Cristo, y se distinguen en cinco categorías: la bárbara, que duró hasta Noé; la escítica, que continuó hasta la fabricacion de la



torre de Babel; la helénica, esto es, la cúlta idolatría; la samarítica, subdividida en las herejías de los esenios, sebuenos, gortenios y dositeos; por último, la judaica, que comprende los saduceos, escribas, fariseos, hemerobaptistas, nazarenos, osenianos y herodianos. Las sesenta herejías posteriores á Cristo no las combate Epifanio triunfalmente; y aunque de vastísima lectura, y atento á reunir cuanto encontraba esparcido por otras muchas obras, no sabe, sin embargo, ordenar las pruebas metódicamente, siendo poco exacto y á veces erróneo en sus juicios. Él mismo hizo la *recapitulacion* de su trabajo, y además una obra de escasa importancia sobre *pesas y medidas*.

Fué gloriosa para la Armenia esta edad, señalada con el nombre de su grande historiador Moises de Koren. Su contemporáneo fué David Armenio, que floreció hácia el año 490, y que quizá fué condiscípulo de Proclo en las escuelas griegas, adonde Sahag y Mesrob, regeneradores de la Armenia, le habian mandado con algunos otros para aprender las doctrinas con que tanto honraron á su patria. En los *Fundamentos de filosofía* refuta el pirronismo; debe ser colocado entre los mejores neopláticos, y es muy importante para la historia como testimonio de la ciencia difundida entónces por la Armenia.

La geografía, hermana de la historia, no progresa. En el siglo III las paredes de la escuela de Autun estaban tapizadas de cartas geográficas (1), así como en lo antiguo en el templo de Tello estaba pintado un mapa de Italia (2), y otro de todo el mundo en un pórtico de Roma (3). Frontino nos habla de cartas topográficas (4); Vegocio de otras mayores, que servían para los capitanes (5). Juliano Ticiano, á principios del siglo III, hizo una descripción de las provincias del imperio, obra que se ha perdido. En el año décimoquinto de su reinado mandó Teodosio (probablemente el Jóven) medir la longitud y latitud de las provincias

- (1) Eumenes, *Orat. pro restaur. scholis*, c. 19.
- (2) Varron, *De re rust.*, I, 2.
- (3) Plinio, *Hist. Nat.*, III, 3, 14.
- (4) *Scip. rei milit.*, a. 28.
- (5) *De re milit.*, III, 6.

del imperio (1); sobre cuyo trabajo se hizo un mapa del orbe romano, más exacto que el que hizo Agripa. Con la irrupcion de los bárbaros cayó en el olvido, en el cual permaneció hasta que Conrado, Celte, en el siglo XV, encontró en una biblioteca de Alemania una carta de los caminos romanos, sobre doce hojas de pergamino, de veintium pié y tres pulgadas alemanas de longitud, y un pié de altura. Le adquirió Conrado Peutinger, patricio de Augsburgo, ciudad entónces muy floreciente, tanto por su comercio como por sus estudios; de la biblioteca de éste pasó á la imperial de Viena, conservando el nombre de *Tabla Peutingeriana*. Sometida á exámen, Meerman negó que fuese la que Teodosio (2); mandó levantar, y dijo que no podia ser anterior á los tiempos de Carlo-Magno, probándole por su escritura que es del género llamado lombardo, y por los edificios y adornos naturales que en ella hay, que son de los que se llaman góticos; á lo cual se agregaban las faltas de ortografía y la absoluta ignorancia de física, hasta el punto de darse en esta carta á la tierra una longitud veinte veces mayor que la latitud, y de no señalarse á los caminos una longitud proporcionada. Manner la suponía una mala copia del mapa antiguo, hecha en el siglo XIII, y los argumentos de uno y otro autor se contrapesan de modo, que nos privan de hacer un uso histórico de este mapa.

Más dignos de fe son los *Itinerarios* del emperador Antonino, especie de libro de posta

(1) Asi lo asegura Sedulio:

Hoc opus egregium, quo mundi summa tenetur,  
Æquora quo, montes, fluvii, portus freta et urbes  
Signantur, cunctis ut sit cognoscere promptum  
Quidquid ubique latet; clemens genus, inelyta proles:  
Ac per secla, totus quem vix noster capit orbis,  
Theodasius princeps venerando jussit ab ore  
Confici, ter quines aperit cum fascibus annum.  
Supplices hec famuli, dum scribit, pingit et alter.  
Mensibus exiguis, veterum monumenta secuti,  
In melius reparamus opus, culpamque priorem  
Tollimus, ac totum breviter comprehendimus orbem;  
Sed tamen hoc tua nos docuit sapientia, princeps.

(2) «Commentarius in epigramma anonymi vel potius Sedulii presbyteri, de tabula orbis terrarum, jussu Theodossi juv imp. facta, in quo cum de illius, tum de peutingeriae origine, ætate ac natura expresso agitur.» Está en el tomo II de la Antología de Burman, por lo cual muchos lo ignoraron, y entre ellos Mannert.



que indica sólo las distancias de una ciudad á otra. Teniamos dos de estos itinerarios, uno por mar y otro por tierra; y á pesar de su título, es lo cierto que fueron compilados posteriormente á Constantino, si bien sobre apuntes muy anteriores, que fueron sucesivamente aumentándose, segun se establecian nuevos puntos de parada. Atribúyese por algunos su última ordenacion á Etico Ister, cristiano del siglo IV, de quien tenemos tambien una *cosmografía*, pobre, pero interesante en la general escasez de materiales geográficos.

En el mismo siglo marcó un bordeles el itinerario desde su patria á Jerusalem, y desde Heraclea á Roma y á Milan. Godofredo publicó una descripción anónima del mundo, cuya mejor parte es la que trata de la oriental, y que ofrece algunas noticias acerca de los persas. Vibio Sequestre, tambien de aquel tiempo, dejó una «Nomenclatura de los rios, fuentes, lagos, bosques, estanques, montes y pueblos mencionados por los poetas,» memorable sólo porque Boccacio, sin nombrarla, la hizo fundamento de un trabajo de igual género.

Los filólogos y recopiladores, cuya semilla encontramos en la edad precedente, nos conservaron noticias acerca de la historia y de las demas ciencias. Aurelio, Teodosio, Ambrosio Macrobio, que nació en Oriente, y vivió en tiempo de Teodosio el Jóven, introduce en sus saturnales personas de importancia, que en las fiestas de Saturno tratan de antigüedades. Cuán extensa y vaga sea la trama de esta obra, nos lo dicen los títulos de algunos capítulos: «De cómo todos los dioses fueron en un principio símbolos del sol.—Argucias de Ciceron, de Augusto, de Julia y de otros.—Pormenores sobre el lujo romano.—Por qué la vergüenza saca los colores al rostro.—Por qué cuando se dan vueltas sobrevienen vértigos.—Por qué las mujeres tienen la voz más dulce que los hombres.—Por qué los cuerpos parecen mayores dentro del agua.» Acerca de estas materias, toma las noticias y las doctrinas de los autores, con sus propias palabras, de donde proviene una desaliñada variedad de estilo; y confiesa que maneja el latin con trabajo, de lo cual da no pocas pruebas en las escasas veces

que habla por su propia boca. Por este medio nos ha conservado algunos fragmentos de mucha importancia además del *Sueño de Escipion*, que comentó para uso de su hijo, no sin práctica en la astronomía, aunque con algunos errores.

Marciano Mineo Félix Capella de Medauro en Africa, á mediados del siglo V escribió en Roma un *Satyricon* en nueve libros, confusa mezclanza, parte en verso y parte en prosa. Los dos primeros son un matrimonio alegórico de la filosofía con Mercurio; los demas hablan respectivamente de las ciencias en que entónces se dividian los estudios, á saber: gramática, dialéctica, retórica, geometría, astrología, aritmética, música y poesía, tratando de todas, pero ligeramente. Esta obra sirvió de texto en las escuelas de la Edad Media.

Á esta clase de compendios pertenece el *Liber memorialis* de Lucio Ampelio, que en cincuenta capítulos da pobres noticias sobre el mundo, los elementos, la tierra y la historia; obra tan inútil como provechoso es el tratado de los metros, compuesto por Flavio Mallio Teodoro, cónsul en 339. Censorino escribió *Indigitamenta* sobre las divinidades que tienen poder sobre la vida del hombre; y su tratado cronológico, astronómico, aritmético y físico *De die natali* es una mina de conocimientos exactos (1).

(1) Los títulos de sus capítulos prueban su importancia: «1 præfatio; 2 cur genio, et quomodo sacrificetur; 3 genius quid sit, et unde dicatur; 4 variae opiniones veterum philosophorum de generatione; 5 de semini hominis, et quibus e partibus exiat; 6 quid primum in infante formetur, et quomodo alatur in utero, etc.; 7 de temporibus quibus partus solent esse ad nascendum maturi, deque numero septenario; 8 rationes Chaldaeorum de tempore partus; item de zodiaco et de conspectibus; 9 opinio Pythagore de conformatione partus; 10 de musica ejusque regulis; 11 ratio Pythagore de conformatione partus confirmata; 12 de laudibus musicæ ejusque virtute; item de spatio caeli, terreaque ambitu, siderumque distantia; 13 distinctiones ætatum hominis secundum opiniones multorum, deque annis climatericis; 14 de diversorum hominum clarorum tempore mortis; 15 de tempore et de ævo; 16 seculum quid sit ex diversorum definitione; 17 Romanorum seculum quale sit; 18 de ludorum secularium institutione eorumque celebrata ne usque ad imp. Septimum et M. Aurelium Antoninum; 19 de anno magno secundum diversorum opiniones, item de diversis aliis